

## ¿Cuánto éxito tienen los reavivamientos modernos?

**D**ondequiera que los siervos de Dios predicaban con fidelidad, se veían resultados que demostraban su origen divino. Los pecadores sentían que su conciencia se despertaba. Una profunda convicción tomaba posesión de su mente y su corazón. Tenían consciencia de la justicia de Dios, y clamaban: “¿Quién me librará de este cuerpo mortal?” (Romanos 7:24). Al serles revelada la Cruz, veían que nada sino los méritos de Cristo podían expiar sus transgresiones. Por medio de la sangre de Jesús obtenían el “perdón de los pecados pasados” (Romanos 3:25, RVA-2015).

Los que creían y eran bautizados iniciaban una vida nueva, por la fe en el Hijo de Dios, para seguir en sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse a sí mismos como él es puro. Las cosas que una vez odiaban ahora las amaban, y las cosas que una vez amaban ahora las odiaban. El orgulloso se hacía humilde, los vanidosos y arrogantes se convertían en serios y discretos. Los borrachos se hacían sobrios; y los corrompidos, puros. Los cristianos no buscaban un adorno “externo, con peinados ostentosos, atavíos de oro o vestidos lujosos, sino [...] en incorruptible belleza de un espíritu manso y tranquilo, que es de gran valor ante Dios” (1 Pedro 3:3, 4, RVA-2000).

Los reavivamientos se caracterizaban por solemnes llamamientos dirigidos a los pecadores. Los frutos se veían en personas que no rehuían la abnegación sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir por causa de Cristo. Las personas contemplaban una transformación en las que profesaban el nombre de Jesús. Tales eran los resultados que se manifestaban en los despertares religiosos en las épocas pasadas.

Pero muchos reavivamientos de los tiempos modernos presentan un notable contraste. Es cierto que muchos profesan haberse convertido, y hay grandes aumentos en el número de miembros de iglesia. Sin embargo, los resultados no son tales que justifiquen la creencia de que se haya producido un aumento correspondiente de la verdadera vida espiritual. La luz que brilla por un tiempo pronto se apaga.

Los reavivamientos populares demasiado a menudo excitan las emociones y gratifican el gusto por lo que es nuevo y extraordinario. Pero los nuevos conversos poseen poco deseo de escuchar la verdad de la Biblia. A menos que un servicio religioso tenga algo de sensacional, no presenta atracción para ellos.

Para toda alma verdaderamente convertida, la relación con Dios y con las cosas eternas será su mayor interés en la vida. ¿Dónde está en las iglesias populares el espíritu de consagración a Dios? Los conversos no renuncian al orgullo ni al amor al mundo. No están más dispuestos a negarse a sí mismos y a seguir al manso y humilde Jesús que antes de su conversión. La piedad casi ha desaparecido de muchas de las iglesias.

Pero a pesar de la amplia decadencia de la fe, hay verdaderos seguidores de Cristo en estas iglesias. Antes que caigan los juicios finales de Dios, habrá entre el pueblo del Señor un reavivamiento de la piedad primitiva como no ha sido presenciado desde los tiempos apostólicos. El Espíritu de Dios será derramado. Muchos se separarán de las iglesias en las cuales el amor al mundo ha suplantado el amor a Dios y a su Palabra. Muchos dirigentes y creyentes aceptarán con alegría las grandes verdades que preparan a un pueblo para la segunda venida del Señor.

El enemigo de las almas desea impedir esta obra y, antes que llegue el tiempo para que se produzca este movimiento, él tratará de impedirlo introduciendo una falsificación. En las iglesias que él pueda poner bajo su control hará parecer que la bendición de Dios se está derramando. Multitudes se alegrarán, diciendo: “Dios está obrando maravillosamente”, cuando en realidad la obra será realizada por otro espíritu. Bajo un manto religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano. Hay una excitación emocional, una mezcla de lo verdadero y lo falso, bien adaptada para extraviar.

Sin embargo, a la luz de la Palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Dondequiera que los seres humanos descuiden el testimonio de la Biblia, y se aparten de las verdades claras –que son una prueba para el alma ya que requieren abnegación y renuncia al mundo–, allí podemos estar seguros de que la bendición de Dios no es concedida. Y, al usar la regla de “por sus frutos los conocerán” (S. Mateo 7:16), se evidencia que estos movimientos no son la obra del Espíritu de Dios.

Las verdades de la Palabra de Dios son un escudo contra los engaños de Satanás. El descuido de estas verdades ha abierto la puerta a los males ahora tan extendidos por el mundo. La importancia de la Ley de Dios se ha perdido de vista en gran medida. Una falsa concepción de la Ley divina ha conducido a errores con respecto a la conversión y la santificación, y ha rebajado la norma de piedad. Aquí es donde ha de hallarse el secreto de la falta del Espíritu de Dios en los reavivamientos de nuestro tiempo.

## **La Ley de la libertad**

Muchos maestros religiosos aseguran que Cristo, con su muerte, abolió la Ley. Algunos la presentan como un yugo pesado y, en contraste con la “esclavitud” de la Ley, presentan la “libertad” que ha de gozarse bajo el evangelio.

Pero los profetas y los apóstoles no consideraron de esta manera la santa Ley de Dios. Dijo David: “Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos” (Salmo 119:45, RVC). El apóstol Santiago se refiere al Decálogo como “la ley perfecta

que da libertad” (Santiago 1:25). El profeta de Patmos pronuncia una bendición sobre los que “guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:14, RVA-2000).

Si hubiera sido posible que la Ley fuera cambiada o anulada, Cristo no habría necesitado morir para salvar al ser humano de la penalidad del pecado. El Hijo de Dios vino a “hacer su ley grande y gloriosa” (Isaías 42:21). Él dijo: “No piensen que he venido a anular la ley [...]. Les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra ni una tilde de la ley desaparecerán hasta que todo se haya cumplido” (S. Mateo 5:17, 18). Con respecto a sí mismo él declaró: “Me agrada, Dios mío, hacer tu voluntad; tu ley la llevo dentro de mí” (Salmo 40:8).

La Ley de Dios es inmutable porque es una revelación del carácter de su Autor. Dios es amor, y su Ley es amor. “El amor es el cumplimiento de la ley” (Romanos 13:10). Dijo el salmista: “Tu ley es la verdad”; “todos tus mandamientos son justos” (Salmo 119:142, 172). Y Pablo declara: “Concluimos, pues, que la ley es santa, y que el mandamiento es santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Una ley semejante debe ser tan eterna como su Autor.

La obra de la conversión y la santificación consiste en reconciliar a los seres humanos con Dios, poniéndolos en armonía con los principios de su Ley. En el principio, el ser humano estaba en perfecto acuerdo con la Ley de Dios. Pero el pecado lo apartó de su Hacedor. Su corazón estaba en guerra con la Ley de Dios. “La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo” (Romanos 8:7). Pero “tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito” (S. Juan 3:16), para que el ser humano pudiera ser reconciliado con Dios, restaurado a la armonía con su Creador. Este cambio es el nuevo nacimiento, sin el cual nadie “puede ver el reino de Dios” (S. Juan 3:3).

## **Convicción de pecado**

El primer paso en la reconciliación con Dios es estar convencido de que uno es pecador. “El pecado es transgresión de la ley” (1 Juan 3:4). “Mediante la ley cobramos conciencia del pecado” (Romanos 3:20). Con el fin de que pueda ver su culpa, el pecador debe medir su carácter frente al espejo de Dios, que muestra la perfección de un carácter justo y le permite ver los defectos del suyo.

La Ley revela al ser humano su pecado, pero no proporciona ningún remedio. Declara que la muerte es la suerte del transgresor. Solo el evangelio de Cristo puede librar al ser humano de la condenación o de la contaminación del pecado. El pecador debe ejercer arrepentimiento hacia Dios, cuya Ley ha sido transgredida, y fe en Cristo, su sacrificio expiatorio. Así obtiene el “perdón de los pecados pasados” (Romanos 3:25, RVA-2015) y llega a ser un hijo de Dios.

¿Está él ahora libre para transgredir la Ley de Dios? Dice Pablo: “¿Quiere decir que anulamos la ley con la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley” (Romanos 3:31). “Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él?” (Romanos 6:2). Juan declara: “En esto consiste el amor a Dios: en que obedecemos sus mandamientos. Y estos no son difíciles de cum-

plir” (1 Juan 5:3). En el nuevo nacimiento el corazón es puesto en armonía con Dios y en armonía con su Ley. Cuando este cambio ha ocurrido en el pecador, él ha pasado de muerte a vida, de la transgresión y la rebelión a la obediencia y la lealtad. La antigua vida ha terminado; la nueva vida de reconciliación, fe y amor ha comenzado. Entonces “las justas demandas de la ley” se cumplirán “en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa, sino según el Espíritu” (Romanos 8:4). Y el lenguaje del alma será: “¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella” (Salmo 119:97).

Sin la Ley, los seres humanos no tienen verdadera convicción del pecado y no sienten ninguna necesidad de arrepentimiento. No se dan cuenta de su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. La esperanza de la salvación es aceptada sin un cambio radical del corazón y sin una reforma de la vida. Así abundan las conversiones superficiales, y multitudes que nunca han sido unidas con Cristo se unen a la iglesia.

### **¿Qué es la santificación?**

Las teorías erróneas con respecto a la santificación también surgen del descuido o del rechazo de la Ley divina. Estas teorías, falsas en materia de doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, están hallando aceptación general.

Pablo declara: “La voluntad de Dios es que sean santificados” (1 Tesalonicenses 4:3). La Biblia enseña claramente qué es la santificación y cómo debe conseguirse. El Salvador oró por sus discípulos: “Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad” (S. Juan 17:17). Y Pablo enseña que los creyentes han de ser “santificad[os] por el Espíritu Santo” (Romanos 15:16).

¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús les dijo a sus discípulos: “Cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad” (S. Juan 16:13). Y el salmista dice: “Tu ley es la verdad” (Salmo 119:142). Puesto que la Ley de Dios es santa, justa y buena, un carácter formado por la obediencia a la Ley será santo. Cristo es el perfecto ejemplo de un carácter tal. Él dice: “Yo he obedecido los mandamientos de mi Padre” (S. Juan 15:10). “Siempre hago lo que le agrada” (S. Juan 8:29). Los seguidores de Cristo han de llegar a ser semejantes a él: por la gracia de Dios han de formar un carácter en armonía con los principios de su santa Ley. Esta es la santificación bíblica.

### **Solo por medio de la fe**

Esta obra puede realizarse solamente por medio de la fe en Cristo, por el poder del Espíritu Santo que mora en nosotros. El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero se mantendrá constantemente en guerra contra el pecado. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con el poder divino, y la fe exclama: “¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:57).

La obra de la santificación es progresiva. Cuando en la conversión el pecador encuentra paz con Dios, la vida cristiana apenas ha comenzado. Ahora debe seguir

“adelante hacia la madurez” (Hebreos 6:1, RV77); crecer “a la plena estatura de Cristo” (Efesios 4:13). “Sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14).

Los que experimenten la santificación bíblica manifestarán humildad. Ven su propia indignidad en contraste con la perfección del Infinito. El profeta Daniel fue un ejemplo de verdadera santificación. En lugar de pretender ser puro y santo, este honrado profeta se identificó a sí mismo con los que eran verdaderamente pecadores en Israel, al interceder ante Dios en favor de su pueblo (Daniel 10:11; 9:15, 18, 20; 10:8, 11).

No puede haber exaltación propia ni pretensión jactanciosa de estar libre de pecado por parte de aquellos que caminan a la sombra de la Cruz del Calvario. Sienten que fue su pecado el que produjo la agonía que quebrantó el corazón del Hijo de Dios, y este pensamiento los guiará a un espíritu de humildad. Los que viven más cerca de Jesús comprenden más claramente la debilidad y la pecaminosidad de su condición humana, y su única esperanza está en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación que es ahora muy popular en el mundo religioso lleva consigo un espíritu de exaltación propia y descuido de la Ley de Dios que la señala como ajena a la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, mediante la “fe sola”, logran la perfecta santidad. “Cree solamente –dicen ellos– y la bendición es tuya”. No se espera que haya más esfuerzo de parte de quien la recibe. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la Ley de Dios, e insisten en que están exentos de la obligación de guardar los Mandamientos. Pero ¿es posible ser santo sin llegar a estar en armonía con los principios que expresan la naturaleza y la voluntad de Dios?

El testimonio de la Palabra de Dios está en contra de esta doctrina engañosa de una fe sin obras. No es fe lo que reclama el favor del Cielo sin cumplir con las condiciones según las cuales la misericordia ha de ser concedida. Eso es presunción (ver Santiago 2:14-24).

Nadie se engaña a sí mismo pensando que puede llegar a ser santo mientras viola voluntariamente uno de los requisitos de Dios. El pecado cometido voluntariamente silencia la voz del Espíritu y separa el alma de Dios. Aunque Juan habla mucho del amor, no titubea en revelar el verdadero carácter de las personas que pretenden estar santificadas mientras viven transgrediendo la Ley de Dios. “El que afirma: ‘Lo conozco’, pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad. En cambio, el amor de Dios se manifiesta plenamente en la vida del que obedece su palabra” (1 Juan 2:4, 5). Aquí está la prueba de la profesión de fe de cada persona. Si los seres humanos empequeñecen y les restan importancia a los preceptos de Dios, “no hacen caso al más insignificante mandamiento y les enseñan a los demás a hacer lo mismo” (S. Mateo 5:18, 19, NTV), podemos saber que su pretensión es sin fundamento.

La aseveración de estar libre de pecado es evidencia de que quien lo afirma está lejos de ser santo. No tiene un verdadero concepto de la infinita pureza y de

la santidad de Dios, y de la malignidad y maldad del pecado. Cuanto más lejos esté de Cristo, más justo aparecerá a sus propios ojos.

## La santificación bíblica

La santificación abarca el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo (ver 1 Tesalonicenses 5:23). A los cristianos se les pide que presenten sus cuerpos como “sacrificio vivo, santo y agradable a Dios” (Romanos 12:1). Toda práctica que debilita las fuerzas físicas o mentales incapacita al ser humano para el servicio de su Creador. Los que aman a Dios tratarán constantemente de colocar toda facultad de su ser en armonía con las leyes que promueven su capacidad para hacer la voluntad divina. No debilitarán ni contaminarán la ofrenda que presentan a su Padre celestial complaciendo sus apetitos o pasiones.

Toda gratificación pecaminosa tiende a oscurecer y a debilitar las percepciones mentales y espirituales; la Palabra o el Espíritu de Dios pueden hacer apenas una débil impresión en el corazón. “Purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación” (2 Corintios 7:1).

¡Cuántos cristianos profesos están debilitando su semejanza divina por la glotonería, las bebidas alcohólicas, la participación en los placeres prohibidos! Y la iglesia, demasiado a menudo, promueve el mal para llenar su tesorería, algo que un débil amor a Cristo no logra. Si Jesús entrara en las iglesias de nuestros días y contemplara los festejos que allí se realizan en el nombre de la religión, ¿no expulsaría él a esos profanadores como arrojó del templo a los cambiadores de monedas?

“¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios” (1 Corintios 6:19, 20). La persona cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo no será esclavizada con un hábito pernicioso. Sus facultades pertenecen a Cristo. Sus posesiones son del Señor. ¿Cómo podría malgastar el capital que le ha sido confiado?

Los cristianos profesos gastan anualmente una inmensa suma en satisfacciones perniciosas. Se despoja a Dios de los diezmos y las ofrendas, mientras que ellos consumen sobre el altar de la pasión destructora más de lo que dan para aliviar a los pobres o sostener el evangelio. Si todos los que profesan a Cristo fueran verdaderamente santificados, sus medios, en lugar de ser gastados en placeres inútiles y perjudiciales, serían entregados a la tesorería del Señor. Los cristianos darían un ejemplo de temperancia y abnegación. Entonces serían la luz del mundo.

“Los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida” (1 Juan 2:16) dominan a las multitudes. Pero los seguidores de Cristo tienen una vocación más elevada. “Salgan de en medio de ellos y apártense. No toquen nada impuro, y yo los recibiré”. Para los que cumplen las condiciones, la promesa de Dios es: “Yo seré un padre para ustedes, y ustedes serán mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:17, 18).

Cada paso dado en la fe y la obediencia coloca al alma en más estrecha relación con la Luz del mundo. Los brillantes rayos del Sol de justicia brillan sobre los siervos de Dios, y ellos han de reflejar esos rayos. Las estrellas nos dicen que hay una luz en los Cielos cuya gloria las hace brillar; así también los cristianos manifiestan que hay un Dios sobre el trono cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. La santidad de su carácter se manifestará en sus testigos.

Por medio de los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del Poder infinito. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?” (Romanos 8:32). Jesús dice: “Pues, si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!” (S. Lucas 11:13). “Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré” (S. Juan 14:14). “Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa” (S. Juan 16:24).

Cada uno tiene el privilegio de vivir de tal manera que Dios lo apruebe y lo bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos continuamente bajo la condenación de las tinieblas. No existe evidencia de verdadera humildad en andar siempre con la cabeza gacha y el corazón lleno de pensamientos relativos al yo. Podemos ir a Jesús y ser limpiados, y estar en presencia de la Ley irreprochables y sin remordimiento.

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán llegan a ser “hijos de Dios”. Él “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11). La vida cristiana debe ser una vida de fe, de victoria y de gozo en Dios. “El gozo del Señor es nuestra fortaleza” (Nehemías 8:10). “Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:16-18).

Tales son los frutos de la conversión y la santificación bíblicas; y es a causa de que los grandes principios de la justicia establecidos en la Ley son considerados con indiferencia por lo que estos frutos se ven tan raramente. Esta es la razón por la cual se manifiesta tan poco de esa labor profunda y permanente del Espíritu que caracterizó los primeros reavivamientos.

Por medio de la contemplación somos cambiados. Cuando se descuidan los sagrados preceptos en los cuales Dios ha abierto a los seres humanos la perfección y la santidad de su carácter, y la mente de las personas es atraída a las enseñanzas y teorías humanas, el resultado ha sido una declinación de la piedad en la iglesia. Solo en la medida en que la Ley de Dios sea restaurada a la posición que le corresponde puede haber un reavivamiento de la fe y la piedad primitivas entre los que profesan ser el pueblo del Señor.